



## SANTA MARÍA MAGDALENA

*Jesus diligebat Mariam.*

« Jesús amaba á María Magdalena. »

(JOANN, XI, 5.)

**S**ANTA María Magdalena era la amiga privilegiada de Jesús. Le servía con sus bienes y le acompañaba á todas partes. Ella honró también magníficamente su Humanidad con sus regalos: Tenía gusto especial en orar á sus pies con el silencio de la contemplación: por todos estos títulos es la patrona y el modelo de la vida de adoración y de servicio á Jesús sacramentado. Estudiemos á Santa María Magdalena: su vida está llena de las mejores enseñanzas.

### I

Jesús amaba á Marta, á María su hermana y á Lázaro; á María especialmente. Sin duda que amaba á los tres, pero sentía especial afecto por María. Aunque Jesucristo nos ame á todos, sin embargo,



tiene sus amigos predilectos, y permite que también nosotros tengamos amigos en Dios. La naturaleza, y aun la gracia misma necesitan de ellos. Todos los santos han tenido amigos de corazón, y ellos mismos han sido los más tiernos y desinteresados amigos.

Magdalena fué, antes de su conversión, una pecadora pública. Poseía todas las cualidades de cuerpo y espíritu, y al mismo tiempo todos los bienes de fortuna que pueden conducir á los mayores excesos. Y ella se dejó llevar. El Evangelio la rebaja hasta el punto de decir que fué una pecadora pública. Tal llegó á ser su degradación, que túvose como una deshonra para Simón el Fariseo que ella hubiese entrado en su casa. Y aun llegó á dudarse del espíritu profético de Jesús, á causa de haberla tolerado á sus pies.

Mas esta pobre pecadora, una vez conseguido el perdón de sus culpas, va á remontarse hasta la cumbre de la santidad. Veamos cómo.

## II

Lo que detiene, sobre todo, á los grandes pecadores, impidiéndoles la conversión, es el respeto humano. Yo no podría perseverar en el bien, dicen; no me atrevo á emprender una cosa en que no me sería posible continuar. Y se detienen desalentados.

No obró así la Magdalena: sabe que Jesús está en casa de Simón, y no vacila; se dirige directamente á Jesús y hace pública confesión de su vida libertina. Ella se atreve á penetrar en una casa, de donde se la hubiese despedido ignominiosamente y sin mira-

miento alguno si se la hubiese reconocido al entrar en ella. A los pies de Jesús no profiere palabra alguna; pero su amor habla muy alto. Los pintores la representan con los cabellos esparcidos, desaliñados, y con los vestidos en desorden. Esto es pura imaginación, pues ni hubiese sido digno de Jesús, ni digno de su arrepentimiento.

Va derechamente á Jesús sin equivocarse. ¿Dónde le ha conocido? ¡Ah, es que el corazón enfermo sabe muy bien encontrar á aquel que ha de consolarle y curarle!

María no se atreve siquiera á levantar la vista á Jesús; no dice palabra: tal es el carácter del verdadero arrepentimiento, como se ve en el Hijo pródigo y en el publicano. El pecador que mira de frente al Dios á quien ha ofendido, le insulta. María llora, y enjuga con sus cabellos los pies de Jesús rociados con sus lágrimas. He aquí su puesto, á los pies de Jesús. Los pies pisan la tierra, y ella sabe que no es más que polvo de cadáver. Los cabellos, esa vanidad que el mundo adora, ella los desprecia y los hace servir como de trapo ó rodilla, y permanece postrada esperando la sentencia. Ella oye los propósitos de los envidiosos, de los Apóstoles y demás judíos, que no honraban sino la virtud coronada y triunfante. Ellos no amaban á Magdalena, que les da á todos esta lección. Todos habían pecado, pero nadie había tenido valor para pedir perdón públicamente. ¡El mismo Simón, modelo de orgullo é hipocresía, se indigna! Pero Jesús defiende á Magdalena. ¡Qué palabras de rehabilitación: Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho! «Ve en paz—le dice el Salvador,—tu fe te ha salvado.» Y no añade: «No peques más», como dijo á la adúltera, más humillada



por haber sido sorprendida en el crimen que arrepentida por haber ofendido á Dios. La Magdalena no necesita de esta recomendación: su amor produce en Jesús la certidumbre de su firme propósito. ¡Qué absolución tan hermosa y conmovedora! Magdalena tiene, pues, una contrición perfecta. Cuando vayáis á los pies del confesor, uníos á la Magdalena, y que vuestra contrición, como la suya, sea producida más por el amor que por el temor.

La Magdalena se retiró con el bautismo de amor, y con su humildad llegó á ser más perfecta que los Apóstoles. ¡Ah! Después de este ejemplo, menospreciad á los pecadores, si á ello os atrevéis. Un instante basta para hacer de ellos grandes Santos. ¡Cuántos, entre los mayores de éstos, no han sido buscados y habidos por Jesucristo entre el lodazal del pecado! San Pablo, San Agustín y tantos otros son de ello elocuentísimos ejemplos. La Magdalena les abre el camino: supo remontarse hasta el Corazón de Jesús, porque partió de muy abajo y se humilló profundamente. ¿Quién, pues, podrá desesperar?

### III

Después de su conversión, la Magdalena va á entrar en el amor activo. Esta es una gran lección. Muchos de los convertidos se detienen allí. Quieren permanecer en la paz de una buena conciencia con la práctica de los Mandamientos. No se atreven, no se animan á seguir á Jesús, y acaban por volver á caer. El hombre no vive de lágrimas y suspiros. Habiendo hecho pedazos los objetos que vuestro corazón tenía en tanta estima, aquellos objetos que cons-

tituían toda vuestra vida, es necesario reemplazarlos con algo, y este algo ha de ser la vida de Dios. ¿Quedáis arrodillados á los pies de Jesús? Pues cuando se levante, seguidle y marchad con El. La Magdalena va á seguir á Jesús; ya nunca se apartará de El. Volveréis á encontrarla á sus pies, escuchando su palabra y meditándola en su corazón. Esta es la gracia de su vida toda: ella no usa otras palabras que las de oración, plegaria, amor. Sigue á Jesús y practica las virtudes de sus diversos estados. La conversión que se limita al sentimiento no es duradera: María comparte con Jesús los diversos estados de ánimo y las diferentes penalidades á que se ve sometido.

Durante sus viajes, ella le proporciona lo que es necesario para su subsistencia y la de los Apóstoles. Jesús va con frecuencia á casa de sus amigos de Betania para comer allí: en cambio El les concede el alimento de la gracia y del amor. Cada vez que se presenta en aquella casa, María se echa á sus pies y se entrega á la oración. Marta siente por esto el aguijón de los celos, de la envidia. Así hacen aquellos que creen que sólo hay un estado bueno, que sólo hay una manera de vivir. Todos los estados son buenos: el que tú hayas elegido es bueno; guárdale, pero no desprecies los demás. Marta, trabajando por Jesús, hacía bien; pero hizo mal en mostrarse celosa de su hermana. Ya sabéis cómo le respondió Jesús defendiendo á Magdalena. Mejor es oír su voz que prepararle alimento. Ocurre todavía que las vocaciones activas suelen quejarse de las almas contemplativas: «Sois inútiles — les dicen, — venid, pues, á ejercitar la caridad trabajando en favor de vuestros hermanos.» Mas Jesús las defiende en este pasaje.



Pues qué, ¿no hay que ejercitar también la caridad con Jesucristo, pobre y abandonado en su Sacramento?

Magdalena oye este diálogo, á las quejas de su hermana no responde palabra: hállase bien á los pies del Salvador y allí continúa.

Otro carácter del amor activo de Magdalena es el sufrimiento: ella sufre con Jesucristo. Sin duda que había conocido con anticipación la muerte de su Maestro: la amistad no tiene secretos; y si Jesús la reveló á su Apóstoles, tan rudos y groseros, ¿cómo la había de ocultar á Magdalena?

Ved, pues, á Magdalena sufriendo en su amor. Ella va adonde no osan ir los hombres; sube hasta el Calvario, abandona á su familia querida, y sigue á Jesús hasta el término de su Pasión; y la vemos, con María Santísima, á los pies de la cruz. El Evangelio la nombra expresamente, cosa que tenía bien merecida por cierto. ¿Y qué hace allí? Ama y sufre con Jesús. Aquel que ama quiere compartir las alegrías y las penas de la persona querida. El amor funde dos vidas, dos existencias en una sola. Magdalena no está en pie: recuerda que ha sido pecadora y que debe estar arrodillada. Sólo María permanece á pie firme, inmolando á su Hijo querido, á su fiel Isaac.

La Magdalena espera allí hasta después de la muerte de Jesús. Al amanecer del primer día de la semana vuelve allí. Sabe muy bien que Jesús está sepultado, y quiere todavía sufrir y llorar. El Evangelio encomia el celo, la magnificencia de los presentes de las otras mujeres; de Magdalena sólo cuenta las lágrimas. ¡He aquí la heroína cristiana! Magdalena nos manifiesta, más que todos los demás santos, la inmensidad de la misericordia divina.

## IV

Después de la Ascensión, ya el libro sagrado no dice nada de Magdalena. Una tradición constante y venerable nos presenta á los judíos colocando á María, Marta y Lázaro en un barco desmantelado, y lanzándolo á alta mar, para que allí encontrasen una muerte segura. Pero el Amigo de otros tiempos los ama siempre: Jesús suple la falta de piloto y gobernalle del buque; los condujo hasta Marsella, y los confió á sus naturales, que son sus amigos y los hijos mayores de su familia.

Lázaro murió mártir. Era precio que su sangre regara la hermosa tierra Provenzal para que la floreciese en ella. Marta subió hasta Tarascón, y, reuniendo una comunidad de vírgenes, practica la caridad del cuerpo y del alma en todo el país circunvecino.

Magdalena se retira á una montaña, como para acercarse á Dios. Encuentra allí una gruta, preparada sin duda por la mano de los ángeles. Bien pronto recibe allí visitantes en gran número; y, faltándole tiempo para conversar con su buen Maestro y Señor, sube más arriba, sobre un pico escarpado, y allí alterna con Dios sólo. Allí termina sus días. Ella oraba en aquel paraje, y continuaba en su vida los misterios de Jesucristo. Jesús no cesaba de visitarla. Los sacerdotes cristianos le llevaban la santa Comunión; y, cuando iba á exhalar su último aliento, San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos que tuvo el Salvador durante su vida, le dió con su mano la Comunión. Ella había acompañado á Jesús en el trance de la muerte, y este buen Salvador le



correspondía con el mismo servicio y con idéntico honor.

Murió en Francia y de ello se glorian sus buenos hijos. Poseen sus santas reliquias. Esta es una de las pruebas más señaladas del amor que Jesucristo profesó á Francia. Le envió á sus amigos, que están en ella: por esto esperamos que Francia habrá de encontrar en las oraciones y los méritos de María Magdalena un título á la misericordia de Dios, puesto que esta nación imita su arrepentimiento y amor á Jesús, que vive en ella, que habita en sus ciudades y en sus más insignificantes aldeas. Sí, Jesucristo ama con predilección á Francia, como amaba á Magdalena y á la familia de Betania.



## EL MES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*Mensis iste, vobis principium mensium.*

«Este mes sea para vosotros el primero de todos.»

(Exodo, XII, 2.)

**M**UCHAS almas piadosas consagran el mes de Junio á honrar el Sagrado Corazón de Jesús. Por esto se le llama mes del Sagrado Corazón.

Nosotros queremos consagrarlo al Santísimo Sacramento, y creo que el nombre de mes del Santísimo Sacramento le cuadra mejor que el primero.

Si bien es verdad que se encuentran ordinariamente en él las dos fiestas del Sagrado Corazón y del Santísimo Sacramento, la última es más solemne y de rito superior. Es mucho más antigua en la Iglesia, y debe sernos más grata.

Que se veneré el Sagrado Corazón como lugar donde reside en cierto modo el amor infinito de Jesucristo, muy bien; pero las almas eucarísticas sabrán honrarle también en el Santísimo Sacramento. Porque, ¿dónde se halla verdadera y substancial-



mente vivo el Corazón de Jesús sino en la Eucaristía y en el cielo?

Muchos le adoran en imagen y hacen de los cuadros del Sagrado Corazón el objeto de su devoción. Este culto es bueno, pero no es más que relativo; nosotros hemos de ir más allá de la imagen para encontrar la realidad. Ahora bien, en el Santísimo Sacramento está vivo, late por nosotros: sea Él, pues, nuestra vida; que el centro de nuestra actividad se halle en ese Corazón vivo y amado; sepamos, pues, honrar el Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía; anden siempre unidos en nuestra devoción, sin que jamás establezcamos separación entre el Sacratísimo Corazón de Jesús y la Santísima Eucaristía.

### I

Hay en el año muchos meses consagrados á devociones especiales y continuadas durante treinta días: así tenemos el Mes de María, que no es otra cosa que una fiesta de treinta días en honor de la Santísima Virgen. Se honran en él todas sus virtudes, todos los misterios de su vida; en él siempre se alcanza alguna gracia nueva. También tenemos el mes de San José. Muy pronto cada devoción importante tendrá un mes señalado para que en él se practique de una manera especial. ¡Tanto mejor! esto interesa y conviene mucho á la piedad católica.

Porque la devoción de un mes seguido abraza todo el objeto, lo considera en todos sus aspectos, y da de él un verdadero y cabal conocimiento. Con las meditaciones que se renuevan todos los días, además de cierta unidad de actos, virtudes y oracio-

nes sobre el mismo objeto, se llega á conseguir una verdadera y sólida devoción al misterio que es objeto del culto durante un mes. Donde no hay más que un pensamiento concentrado, éste se vigoriza y completa en todos sus detalles.

Nuestra devoción necesita ser fuerte y compacta, tender á un objeto único. ¿Por qué muchas almas piadosas no llegan á una santidad notable? Porque dividen su atención en muchas devociones. Su espíritu de piedad no encuentra un alimento suficiente para conservarlo y hacerle progresar. No saben formarse un cuerpo de doctrina.

Ya sabéis cuántos frutos suelen producir las misiones aun en parroquias que han permanecido por mucho tiempo sordas á las vivas exhortaciones y á los ejemplos heroicos de sus Pastores. Esto consiste en que las misiones son una serie no interrumpida de ejercicios varios. Las misiones emplean todos aquellos medios que pueden conmover los corazones, impresionar la imaginación y hacer reflexionar seriamente. Una misión es un torrente formado por la reunión de todos los medios de salvación; ¿es, pues, extraño que triunfe aun de los corazones más empedernidos?

Cuando todos nuestros pensamientos y nuestras devociones todas se reúnen y concentran en un objeto, nos conducen á la más alta virtud y allanan todos los obstáculos.

Tengamos, pues, una devoción concentrada y continua. Dícese que, para corregir una mala costumbre, un vicio arraigado, es preciso comenzar por observarse y combatirse á sí mismo durante algún tiempo, antes que empiece el movimiento de ascensión hacia la virtud opuesta: una vez que se haya



iniciado este movimiento, se marcha á grandes pasos.

Lo mismo ocurre con el objeto que nos ocupa: habrá de transcurrir cierto tiempo antes que lleguemos á amar con vigoroso y encendido amor la devoción al Santísimo Sacramento, que es la madre y reina de todas las demás devociones: ella es el sol de la piedad. La devoción á María es buena, excelente; pero debe tender y referirse á la devoción de la Eucaristía, bien así como la misma María se refiere por completo á Jesucristo. La Escritura la compara muy propiamente á la luna, la cual recibe toda su luz del sol, y se la envía de nuevo.

Pues bien, si el Mes de María obra tantas conversiones, produce tanto bien en las almas, consigue tantas gracias de toda clase, ¿qué no hará el mes del Santísimo Sacramento, teniendo en cuenta que en él honráis las virtudes, los sacrificios, la Persona misma de Jesús-Eucaristía? Y si sabéis unificar lecturas, aspiraciones y virtudes en la Eucaristía, al fin de aquel mes habréis obtenido alguna gran victoria sobre vosotros mismos: vuestro amor se habrá acrecentado y vuestra gracia será más copiosa y eficaz.

El Señor dijo que aquel que comiera su Carne y bebiera su Sangre, viviría en Él: ¿qué sucederá, pues, si completáis vuestra Comunión sacramental con una comunión continua durante treinta días, de su amor, de sus virtudes, de su santidad y de su vida en el Santísimo Sacramento?

He aquí en qué consiste aquello de unificar vuestras devociones. Sin esto tendréis buenos pensamientos; pero careceréis del principio de vida. La lluvia de tempestad que dura sólo breves instantes, no hace más que desflorar la tierra; pero la lluvia

fina que dura largo tiempo, la penetra y fecundiza. El pensamiento de la Eucaristía conservado durante un mes seguido, se convertirá en fuente abundosa que fecundará vuestras virtudes, y en fuerza divina que os hará volar en el camino de la santidad. Podemos deciros, hablando el lenguaje de la razón pura y de la filosofía natural, que, si os ejercitáis por espacio de un mes sobre un mismo objeto ó tema, vuestro espíritu adquirirá el hábito de él.

Y no temáis que esta concentración sobre un solo misterio acorte ó reduzca vuestro horizonte. La Eucaristía encierra todos los misterios, todas las virtudes; ella ofrece también el medio de hacerlas revivir y considerarlas en su sujeto vivo y animado, presente ante vosotros, cosa que facilita singularmente la meditación. Porque vosotros veis á Jesucristo en la Eucaristía; divisáis su vestidura sacramental; sabéis por vuestros mismos sentidos que está allí: la Hostia os habla, fija vuestra mirada y os presenta de una manera sensible á Nuestro Señor Jesucristo.

Que este mes sea, pues, para vosotros un mes de ventura y bienandanza, en que viváis íntimamente unidos á Jesús. Ya lo sabéis, su conversación no cansa jamás: *Non habet amaritudinem conversatio illius*. Que os haga dar un paso de gigante en el camino de la santidad.

## II

¿Cómo debéis pasarle para aprovecharos bien de él?

Conviene ante todo que tengáis un libro referente al Santísimo Sacramento, y que leáis en él un poco



cada día. No temáis agotar la materia: las profundidades del amor de Jesús son inconmensurables, lo mismo tratándose de Jesús en la Eucaristía que en el cielo; siempre es hermoso, siempre nuevo, siempre infinito. ¡No temáis que se seque este manantial infinito; tiene el Señor tantas gracias que darnos, y luego después tanta gloria!

Proporcionaos, pues, un libro que trate de la Eucaristía. Sé muy bien que no son los libros los que hacen los santos, y por el contrario, que los santos son quienes hacen los buenos libros; por esto, pues, no os aconsejo los libros sino para instruiros, para despertar en vosotros pensamientos que luego perfeccionaréis vosotros mismos, y con los cuales os nutriréis en la meditación.

Tomad, por ejemplo, el cuarto libro de la *Imitación de Cristo*, ¡es tan hermoso! ¡Un ángel debió escribirlo sin duda!

Podéis también usar las *Visitas al Santísimo Sacramento*, de San Alfonso María de Ligorio. Cuando se publicó este libro, causó una gran revolución en la piedad: produjo y produce todavía diariamente abundantísimos frutos de salvación.

¿Qué más puedo yo deciros? Tomad cualquier libro, el que más os guste. Dejad las demás devociones durante este mes; nada perderéis sumergiéndoos, abismándoos por completo en el sol.

Visitad más á menudo y por más tiempo al Santísimo Sacramento.

Comulgad con más fervor.

Practicad alguna virtud en consonancia con el estado de Jesús en la Eucaristía, ora sea su silencio, ora su dulzura, y sobre todo, su vida de recogimiento en su Padre y su anonadamiento.

Haced algún sacrificio particular en honor del Santísimo Sacramento. Presentadle cada día una flor nueva. El se digna concedernos que nos acerquemos á su adorable Persona para presentarle nuestra ofrenda; y bien cierto es que los grandes de la tierra no se dejan ver con tanta facilidad. No menospreciemos este favor que nos concede su ardiente amor hacia nosotros, este derecho que nos compete como hijos de la familia cristiana.

Resumiendo, pues: para pasar bien este mes, es necesario practicar alguna virtud eucarística, leer algún libro acerca del Santísimo Sacramento. Esto es más necesario de lo que pudiera pensarse. Con un libro tendréis pensamientos nuevos; sin libro alguno seréis áridos, repitiendo siempre la misma cosa: *tanquam jumentum*. El libro sólo no es nada; mas si lo acercáis á vuestro corazón, le comunicaréis vida. La misma Escritura Santa debe leerse con el corazón; leída sin fe y sin amor, será vuestra perdición, como obceca y endurece á ciertos incrédulos, á pesar de leerla todos los días.

Tal vez digáis: «No me agradan los libros, porque no encuentro en ellos todo lo que mi alma busca, no le bastan.» Felizmente así es, y sería bien enfadoso y molesto que los libros se encargasen de hacer toda nuestra oración y lo dijese todo: en tal caso quedaríamos reducidos á meras máquinas parlantes. El Salvador no permite que los libros lo sean todo para nosotros en la oración: nosotros debemos obtener su gracia con nuestro propio trabajo, con el sudor de nuestra frente. La vida de un Santo, aunque hubiese sido el mayor de la Iglesia, nunca se ajustaría á un por completo. Y esto ¿por qué? Porque tú no eres aquel Santo, y porque posees una gracia



personal adecuada á tu naturaleza; porque tienes una personalidad propia de que no podrías hacer completa abstracción.

Leed, pues, pero no esperéis todo el fruto de las lecturas sino de vuestra propia meditación.

«Yo haría mi adoración, mi visita; pero no puedo, durante el día, ir á la iglesia». Que no sea esto obstáculo; Nuestro Señor Jesucristo ve aun en vuestra casa; os oye desde su Tabernáculo. El ve desde el Cielo; ¿por qué no había de ver desde la Santa Hostia? <sup>1</sup> Adorad donde os halléis; haréis una buena adoración de amor, y el Señor comprenderá vuestro deseo.

Sería ciertamente triste que sólo en los templos pudiéramos ponernos en relación con Jesús Sacramentado. La luz del sol nos rodea y alumbra aun cuando no estemos directamente expuestos á sus rayos: así también desde su Hostia sacrosanta hará el Señor penetrar en nuestra casa algunos rayos de su amor que nos comunicarán calor y fuerza. En el orden sobrenatural, como en la naturaleza, hay corrientes. ¿No os sentís alguna vez, súbita é inopinadamente, poseídos y transportados de amor? Pues es que un buen rayo, una corriente de gracia os ha atravesado. Confíad mucho en estas corrientes, en estas operaciones de Jesús. ¡Sería muy triste que Jesús no recibiese adoraciones sino cuando se va á visitarle á la iglesia! No, no; Él ve en todas partes; bendice en todas partes, y en todas partes se une á aquellos que quieren ponerse en relación con Él.

---

<sup>1</sup> Esta opinión es defendida por Suárez, *Disp.* LIII, *sect.* III.

Adorable, pues, allí donde os encontréis: volveos en espíritu hacia su Tabernáculo.

Que todos vuestros pensamientos sean para Él durante este mes; que vuestras virtudes y vuestro amor se encaminen á ese centro divino y allí permanezcan; y de este modo, el mes del Santísimo Sacramento será para vosotros el mes de las bendiciones y gracias.

A. M. D. G.